

ración que no se ajuste a él es inmoral o retórica. El desafío está en saber si el grito que cuajó en el verano del 76 puede conducir a los hombres del teatro catalán a crear espectáculos a tono con la ambición política de sus planteamientos —“un teatro al servicio del pueblo”— y con la responsabilidad histórica que asumen. Y ello a través del error, de la autocrítica y de la lucha contra esa ingenuidad que el franquismo elevó a categoría de “status” en tantas menesterosas manifestaciones de la oposición. ■ J. M. Foto: PILAR AYMERICH.

DISCOS

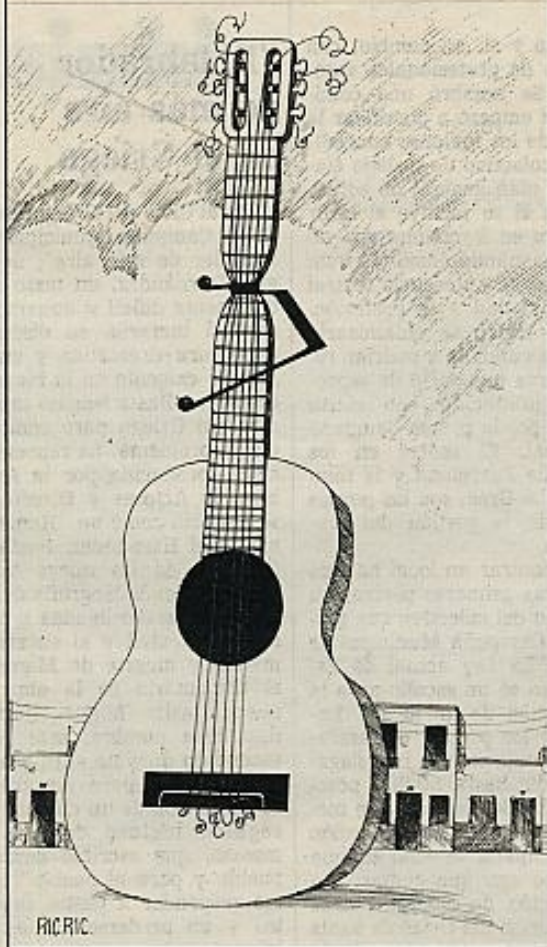
El zarpazo de Pink Floyd

Pink Floyd constituyen un blanco-fácil. El insulto que más frecuentemente se lanza contra ellos se refiere a que son un fraude, nada más que proveedores de “muzak” cósmico, de simple música de fondo con pretensiones vanguardistas. Y algo hay de esto, aunque semejantes andanadas sean esencialmente la reacción inevitable ante las alabanzas indiscriminadas y extravagantes que han caído sobre la música de Pink Floyd en los años setenta. Este es un

grupo que ha sido sobrevalorado y que ha sufrido demasiados abrazos entusiastas, al que es difícil ver en su justa dimensión: cuatro músicos que confeccionan sus discos laboriosamente, estirando ideas sencillas para la creación de una atmósfera, cuidando sobre manera todos los detalles técnicos de producción —toma de sonido, efectos, mezclas— y la presentación externa del disco. Su música es “rock” suntuoso, un producto tan bien acabado que parece más de lo que en realidad es. Pero este no es el momento de estudiar las razones de la enorme popularidad de Pink Floyd en todos los países occidentales. Estamos ahora con el nuevo álbum del grupo (*).

“Animals” es un disco que rompe con la trayectoria de la última etapa de Pink Floyd. Un LP que no puede ser utilizado como música ambiental; demasiado estridente, demasiado salvaje en su mensaje. Roger Waters ha recopilado una serie de ideas y melodías que se iban acumulando desde hace tiempo: “Sheep” y “Dogs” fueron presentadas en vivo en la gira de 1974. “Animals” resulta así un ataque directo contra ciertas personas e instituciones, un disco corrosivo que sorprendentemente viene firmado por Pink Floyd, con letras tan agresivas que hubo intentos de censurarlas: no cuesta mucho imaginar el horror de los timoratos ejecutivos de su compañía discográ-

(*) Pink Floyd: “Animals” (EMI 10C 066-98434).



fica ante la tercera estrofa de “Cerdos” (Tres tipos diferentes), donde Waters se ensaña con Mary Whitehouse, persistente animadora de la cruzada contra la “inmoralidad” y portavoz de poderosos sectores de la sociedad inglesa.

La música de “Animals” es más áspera que lo habitual en un álbum de Pink Floyd: se abre y se cierra con “Cerdos volando”, una sencilla canción con el único acompañamiento de una guitarra acústica. “Dogs” recuerda los efectos deshumanizadores de lo que llaman “la lucha por la vida”; es impresionante cómo integran los ladridos —reales y artificiales— en las partes instrumentales del tema, que tiene un desarrollo típicamente pinkfloydiano. “Pigs” es una pieza muy rockera, con un Roger Waters más agresivo e insultante que nunca, un “angry young man” impaciente y desplazado. “Sheep” sigue el método habitual de comenzar suavemente hasta una explosión donde entran todos los instrumentos, destacando la ferocidad de la guitarra de David Gilmour, que tiene a su cargo una brillante coda; es el tema más orwelliano del disco y narra la rebelión —real o soñada— de las ovejas contra los perros, con

momentos humorísticos como la parodia del Salmo 23 seguidos por pasajes de música estremecedora.

“Animals” es un disco valiente e insólito en el panorama apático y conformista del “rock” actual. Con las palabras del corte final (“Sabes que me preocupo por ti. / Sé que te preocupas por mí. / Así que no me siento solo. / No me aplasta el peso de esta piedra”), Roger Waters recupera la credibilidad que algunos le negaban. Pink Floyd no se han adormecido por los vapores del éxito; todavía tienen la capacidad de indignarse. ■ DIEGO A. MANRIQUE.



Pink Floyd.

CINE

El fuego bajo el hielo

El esquema argumental de una relación erótica dificultada o imposibilitada por circunstancias externas (ideológicas, políticas, militares...) a sus protagonistas, ha sido utilizado nu-